

Austeridad, ¿sólo en tiempos de crisis?

Estando como estamos en días de campaña electoral, es de agradecer que los diferentes partidos políticos nos hagan llegar a la ciudadanía cuáles son sus propuestas para conseguir nuestro voto, y así alcanzar una mayoría suficiente que les permita a unos u otros gobernar el estado durante los próximos cuatro años. Una de las propuestas que se hace ganar espacio en los dos partidos mayoritarios es la de que se han de “pegar tijeretazos en el gasto público”. Parece de Pero Grullo un esquema de razonamiento tan elemental: cuanto menos dinero gaste, más podré guardar en el bolsillo. ¡Toma ya!

Ante tan aplastante sugerencia, no se me ocurre otra cosa que colaborar en esta huida hacia adelante, que es incapaz de señalar con el dedo a la raíz del problema –que no es otro que no hay un justo reparto de la riqueza-, con una propuesta que se me ha ocurrido, después de una sesuda reflexión: si la reducción de sueldos – fundamentalmente en la función pública- no ha sido suficiente para reducir el gasto público hasta los niveles que nos exige el Dios-Mercado para recuperar su confianza, ¿por qué no dejan de pagarnos un mes o dos y así ese dios codicioso verá cómo sus hijos se dejan devorar por su ansia infinita de acumulación?

No se me ocurre otra cosa que compartir contigo, amigo lector que me acompaña en esta reflexión semanal, la historia de Nasredin. Era el tal Nasredin un leñador muy pobre que se dedicaba a transportar la leña a lomos de su asno. Y siendo tan pobre y teniendo que darle alimento a su asno diariamente, Nasredin comprendió rápidamente que o bien acostumbraba a su asno a comer menos, o bien era él quien debería empezar a comer menos. La opción de Nasredin fue muy decidida: empezaría a reducir la alimentación de su asno a la mitad.

Esta medida, sin duda, tuvo una clara repercusión en el estado de ánimo de Nasredin: comenzó a mirar sólo el estado de las cuentas que, obviamente, se empezaba a ver el aumento de dinero en su bolsillo.

Todo esto le duró al bueno de Nasredin hasta el día en el que al volver la mirada a su jumento, comprendió la suerte que le correspondió: “mala suerte tenemos los pobres: ahora que ya había acostumbrado a mi bestia a no comer absolutamente nada, ¡va y se me muere!”

Las políticas de recortes no llevan si no que a la muerte. Y una muerte de personas concretas con nombre y apellidos. Una muerte que no podrá evitarse si no es que con medidas de inversión, de apuesta por el crecimiento social compartido y justamente repartido. Quien no sabe ser austero en lo cotidiano, sólo puede convertirse en cómplice de asesinato en las crisis.

Fecha: 08/11/11

*Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL*